

LOS CAMBIOS POBLACIONALES Y LA REALIDAD SOCIAL PUERTORRIQUEÑA

José L. Vázquez Calzada, Ph.D.*

Durante este siglo han ocurrido en Puerto Rico cambios demográficos de tal naturaleza que tal vez no haya otro país con el cual compararse. Estos procesos hacen de la Isla un excelente laboratorio natural para el estudio de los fenómenos demográficos.

El fluctuante e impredecible crecimiento de la población, el extraordinario descenso en la mortalidad ocurrido entre 1940 y 1960, la rápida reducción de la natalidad a partir de la década del cincuenta, el progresivo envejecimiento de la población, los cambios en el tamaño y estructura de la familia y la complejidad de los movimientos migratorios, tanto externos como internos, son algunos de los aspectos sobresalientes de la demografía puertorriqueña.

Para los comienzos del siglo Puerto Rico tenía una población de aproximadamente un millón de habitantes. Como consecuencia de un leve pero sostenido descenso en la mortalidad, mientras la natalidad permanecía casi estacionaria, el ritmo del crecimiento de la población se aceleró y ya para 1942, más o menos, la población se había duplicado.

*Catedrático, Programa de Demografía, Departamento de Ciencias Sociales, Escuela Graduada de Salud Pública, Recinto de Ciencias Médicas, Universidad de Puerto Rico. Conferencia Magistral Américo Pomales Lebrón, dictada en el Foro de Investigación del Recinto de Ciencias Médicas, Universidad de Puerto Rico, 4 de diciembre de 1989.

Al finalizar la Segunda Guerra Mundial comenzó un movimiento masivo de puertorriqueños hacia los Estados Unidos que constituyó uno de los más grandes éxodos poblacionales de este siglo. Durante la década del cincuenta cerca de medio millón de personas abandonaron la Isla atraídos por la gran abundancia de empleos en el mercado laboral norteamericano. Este movimiento se facilitó por el gran progreso en la transportación aérea, el abaratamiento del costo del viaje y por el hecho de que los puertorriqueños, por ser ciudadanos de los Estados Unidos, tenían libre acceso a ese país. Además, el gobierno de Puerto Rico patrocinó la emigración de obreros puertorriqueños a fincas en los Estados Unidos donde sufrieron de grandes engaños, maltrato e injusticia.

La nueva estrategia de desarrollo económico que comenzó a tomar forma hacia fines de la década del cuarenta constituyó la fuerza de empuje de esta corriente en Puerto Rico. El énfasis en la industrialización dejó sin ocupación a miles de obreros agrícolas para quienes los empleos fabriles no estaban disponibles ya fuera por la escasez de éstos o por la falta de destrezas de los obreros desplazados. Ante esta situación miles de puertorriqueños se vieron forzados a emigrar a los Estados Unidos para beneficiarse de la gran abundancia de empleos no diestros que existía en esa época en ese país.

Este movimiento emigratorio redujo el ritmo de crecimiento de la población que sólo aumentó en un seis por ciento durante el período de 1950 a 1960. Esta cifra es la

más baja registrada en la Isla desde que se comenzó a levantar censos en 1765. Y esto ocurrió a pesar de que en esa década el incremento biológico, o sea, la diferencia entre la natalidad y la mortalidad, fue el más alto de este siglo. Durante el decenio del sesenta, la emigración perdió un poco la fuerza y como consecuencia el ritmo de crecimiento poblacional volvió a acelerarse. Esta tendencia se acentuó durante el período de 1970 a 1980 ya que el balance migratorio entre Puerto Rico y los Estados Unidos fue prácticamente cero. Todo parece indicar que los primeros ocho años de la década del ochenta presentan un nuevo estadio en cuanto a la emigración. De acuerdo con las cifras de la Junta de Planificación de Puerto Rico, entre 1980 y 1988 el balance emigratorio fue de más de un cuarto de millón de personas y como resultado la población total ha permanecido casi estacionaria estimándose en 3.3 millones en julio de 1988.

Ante estos movimientos migratorios algo impredecibles y sobre los cuales existe muy poca información confiable, los intentos para pronosticar el crecimiento y la estructura de edad y sexo de la población han sido, durante las últimas décadas, sólo ejercicios matemáticos inútiles.

El descenso de la mortalidad ha sido uno de los hechos más notables en la historia de Puerto Rico. Para los comienzos del siglo la Isla era un país plagado de enfermedades infecciosas y parasitarias. La tuberculosis, el tétano, la malaria, la uncinariasis y las condiciones

diarreicas entre los niños, entre otras, diezmaron a la población, cuya malnutrición agravaba su situación. Para esos años la expectativa de vida del puertorriqueño era de sólo 33 años. La implantación de medidas de salud pública y un leve mejoramiento en las condiciones de vida lograron que la mortalidad descendiera poco a poco y para 1940 la expectativa de vida había aumentado a 46 años.

Lo que ocurrió entre 1940 y 1960 en Puerto Rico es un hecho extraordinario en la historia de la salud pública del mundo. Durante esos veinte años la mortalidad se redujo tan drásticamente que la expectativa de vida aumentó de 46 a 69 años, lo que equivale a un aumento promedio de más de un año de expectativa de vida por cada año calendario.

A partir de la década del sesenta la mortalidad ha descendido a un ritmo mucho menor. En 1987, la expectativa de vida del puertorriqueño era de 74 años, cifra que compara con la de muchos de los países más desarrollados del mundo, y sobrepasada sólo por un pequeño grupo de países entre los que se destacan Japón y Suecia con valores de 76 años.

Este descenso en la mortalidad ha sido más pronunciado entre la población femenina. Para 1940, la mujer puertorriqueña aventajaba al hombre por sólo dos años de expectativa de vida. Esta diferencia fue agrandándose al pasar el tiempo y en 1987 fue de casi ocho años. De hecho, en las edades intermedias ha habido un ligero aumento en la mortalidad masculina en los últimos años debido principalmente al incremento en las muertes por homicidios.

La natalidad, que había permanecido casi estacionaria durante la primera parte del siglo, comenzó a descender marcadamente a partir de la década del cincuenta. Entre 1950 y 1984, la tasa se redujo en más de un cincuenta por ciento pero en los últimos años parece haberse estancado. En 1987 hubo 19 nacimientos por cada 1,000 habitantes en contraste con la cifra de 40 que se registró en el año de 1950. Como consecuencia del descenso en la natalidad, el promedio de hijos que procrea la mujer puertorriqueña al completar su ciclo reproductivo se redujo a 5.4 en 1950 a 2.4 en 1987.

No hay duda de que el deseo de la mujer puertorriqueña de tener un número menor de hijos ha sido posible a través de la esterilización. Este método de control de la natalidad aumentó vertiginosamente de un 7 a un 39 por ciento desde fines de la década del cincuenta hasta 1982, año en que se realizó la última encuesta al respecto. Puerto Rico es al presente el país con la más elevada tasa de esterilización femenina del mundo. Como esta operación raras veces se utiliza como método anticonceptivo entre madres con un sólo hijo, la importancia de esta práctica se comprende mejor cuando la cifra se circunscribe a madres con dos hijos o más. Para este grupo, la tasa de esterilización fue de 51 por ciento en 1982.

Para 1978, cuando se realizó una encuesta similar, se pensaba que la tasa de esterilización disminuiría en el futuro debido al aumento en el nivel de instrucción de la

mujer, pues en varios estudios se había observado que el uso de la esterilización disminuía a medida que aumentaba el nivel de instrucción. Entre los grupos más educados se utilizan con mayor frecuencia métodos menos drásticos como la píldora anticonceptiva, el ritmo y los de barrera. Aunque esta asociación continuó siendo cierta en 1982, la tasa de esterilización continuó en aumento. Una explicación para esta inconsistencia parece estar en el extraordinario aumento en los partos por cesárea, que ha llevado a Puerto Rico a ostentar el récord mundial en este tipo de parto. De acuerdo con los datos del Departamento de Salud, el 30 por ciento de los partos ocurridos en el año fiscal 1986-87 fue por cesárea. En un estudio que se publicará próximamente en la revista del Recinto de Ciencias Médicas se ha demostrado que en la actualidad una de las principales causas de la esterilización de la mujer es el parto quirúrgico. También se ha observado que la utilización de la píldora anticonceptiva, que alcanzó sus niveles más elevados a mediados de la década del sesenta, ha venido perdiendo importancia desde entonces.

Para algunos demógrafos de otros países resulta algo inexplicable el porqué la tasa de natalidad de Puerto Rico se mantiene aún tan alta a pesar de su tan elevada tasa de esterilización y del gran número de abortos inducidos que se realiza, cifra que muchos estiman en más de 50,000 anualmente. Eso es así, y nadie parece tener una explicación satisfactoria.

Contrario a las tendencias más o menos claras de la mortalidad y de la fecundidad, los movimientos migratorios no sólo han sido fluctuantes e impredecibles sino que se han convertido en fenómenos sumamente complejos sobre los que existe muy poca información confiable. Ni siquiera existen bases sólidas para aceptar la validez de las cifras sobre el balance neto de los que entran y salen de la Isla que es prácticamente toda la información que obtiene la Junta de Planificación. No sería extraño que cuando se conozcan los resultados del censo de 1990, estos datos estuviesen totalmente equivocados como ha ocurrido en las últimas décadas. La información más confiable sobre los movimientos migratorios se obtiene 3 ó 4 años después de realizado el censo y se refiere a un período anterior a este recuento poblacional.

Cuando el éxodo de puertorriqueños a los Estados Unidos alcanzó su nivel más elevado durante los años del cincuenta, sólo un pequeño grupo regresaba a la Isla. En un estudio basado en los datos del censo de 1960 se encontró que unos 34,000 emigrantes habían vuelto a Puerto Rico durante el período de 1955-60. Esta corriente de retorno se incrementó durante las décadas subsiguientes y de acuerdo con el censo de 1980 realizado en la Isla, unas 283,000 personas informaron haber vivido en los Estados Unidos por un período de seis meses o más durante el decenio de 1970-80.

Esta corriente de retorno, o quizás mejor dicho, este constante ir y venir, ha estado acompañado por un intenso

movimiento migratorio de hijos de emigrantes nacidos en los Estados Unidos. Para 1980, residían en Puerto Rico 187,000 hijos de emigrantes nacidos fuera de la Isla, lo que equivalía a un seis por ciento de la población total de ese año. Las corrientes inmigratorias de norteamericanos, cubanos, dominicanos y de otros extranjeros son menos conocidas. Sin embargo, se sabe que aproximadamente un 10 por ciento de la población residente en Puerto Rico en 1980 no había nacido en la Isla. Esta cifra contrasta grandemente con la de 1950. En aquel año sólo uno por ciento de la población no era nativa.

La complejidad de los movimientos poblacionales entre Puerto Rico y el exterior se acentúa por el hecho de que los grupos que entran y salen de la Isla difieren marcadamente en sus características. Los emigrantes puertorriqueños, por ejemplo, se concentran en las edades de 20-29 años, mientras los que regresan son mayormente personas de edad avanzada y los hijos de los emigrantes nacidos en los Estados Unidos son, en su gran mayoría, adolescentes.

Sobre la migración interna la información es aún más escasa. Lo único que se sabe es la ganancia o pérdida neta que tuvo cada municipio de la Isla durante el decenio anterior al último censo. Estas estimaciones crudas se obtienen de los datos de los censos y de las estadísticas sobre nacimientos y defunciones.

Dichas estimaciones indican que durante las primeras cuatro décadas del siglo hubo un intenso movimiento

emigratorio de los municipios del interior oeste hacia los municipios costeros, especialmente hacia el área de San Juan, de Guánica y de Salinas. Esta emigración fue el producto del colapso de la industria del café y del florecimiento de la industria cañera cuyos complejos fabriles se ubicaron en las costas de la Isla. El esfuerzo de industrialización de la Isla, que tomó un gran auge durante los años del cincuenta, y el desarrollo de la industria de la construcción de viviendas, que comenzó en esos años en San Juan y en municipios aledaños, le brindaron empleo a muchos de los desplazados de la agricultura. Durante ese decenio San Juan, Cataño, Bayamón y Guaynabo se convirtieron en los focos de atracción de los que emigraban de todas partes de la Isla. Para la década del sesenta el área de inmigración se extendió hacia Carolina, Caguas y Trujillo Alto. Sin embargo, durante los años de 1970 a 1980, San Juan y Cataño se convirtieron en municipios decadentes perdiendo población, mientras que en Bayamón, Guaynabo y Caguas la inmigración fue insignificante. La franja de alto crecimiento poblacional durante esa década se extendió desde Dorado hasta Ceiba excluyendo como se señalara a los municipios de San Juan y Cataño.

Esta reciente redistribución poblacional es el resultado de la saturación de los terrenos para propósitos de la construcción de viviendas en los municipios de San Juan, Cataño, Guaynabo y Bayamón, del alto costo de las rentas en esos municipios y de la conversión de cientos de

viviendas en lugares para negocios y oficinas de profesionales.

Los cambios ocurridos en la natalidad, en la mortalidad y en las corrientes migratorias, no sólo han afectado la trayectoria del crecimiento de la población, sino que han alterado notablemente la estructura de la población. Entre otras cosas, han afectado el balance de los sexos, el status marital, la estructura de edad y el tamaño y composición del hogar puertorriqueño.

Para 1950 los sexos estaban más o menos balanceados pues había 101 varones por cada 100 mujeres. Como consecuencia del predominio de varones entre los emigrantes y del agrandamiento en la brecha de mortalidad entre hombres y mujeres esta razón ha disminuido progresivamente desde entonces y para 1988 fue de sólo 94 varones por cada 100 mujeres. Esta deficiencia de varones es más notable entre las edades de 20-29 años y probablemente ésta sea la causa del aumento en la soltería de mujeres observada a partir de 1960; algo que no ha ocurrido entre la población masculina. El aumento en la diferencia en la mortalidad entre los sexos es indudablemente la causa del gran predominio de mujeres en las edades más avanzadas y de la gran abundancia de viudas en esas edades. Para 1980 había en Puerto Rico 65,000 viudas de 65 años o más y sólo 20,000 viudos.

Por otra parte el descenso en la natalidad ha sido la causa principal del envejecimiento de la población puertorriqueña, proceso que se aceleró a partir de la década

del sesenta. Este descenso ha producido una disminución apreciable en el por ciento de niños menores de 15 años de edad y como consecuencia la proporción de personas en las edades más avanzadas ha aumentado. Para 1960 la mediana de edad del puertorriqueño era de 18 años, cifra que había permanecido casi estacionaria por más de un siglo. Ya para 1970 este valor había aumentado a 22 años y para 1988 se estimó en 27. De forma similar, la población de 65 años o más se incrementó de 4 a 10 por ciento entre 1950 y 1988.

Los movimientos migratorios también han afectado la estructura de edad pues los que emigran son en su mayoría adultos jóvenes mientras los que regresan se concentran en las edades más avanzadas. Es necesario señalar que contrario a lo que algunos creen, la reducción en la mortalidad no ha tenido efecto apreciable alguno en el proceso de envejecimiento de la población de la Isla. Esto es así ya que los cambios en la mortalidad han afectado a todos los grupos de edad aunque no con la misma intensidad.

El hogar ha sido una de las instituciones más afectadas por los cambios demográficos y socioeconómicos ocurridos en Puerto Rico en las últimas décadas. Entre 1940 y 1980, el tamaño del hogar promedio se redujo de 5.2 miembros a 3.7 debido, principalmente, al número promedio de hijos en el hogar que bajó de 2.6 a 1.6 durante esos años. También se ha observado una baja notable en el promedio de parientes y de personas no relacionadas con la familia que reside en el hogar.

No hay duda de que la reducción en el promedio de hijos en el hogar es el producto del descenso en la natalidad. Esta reducción ha sido amortiguada en poco por el descenso en la mortalidad de niños. De otra parte, la disminución en el número de parientes y de personas no relacionadas probablemente sea el resultado de la reducción en la orfandad. En el pasado muchos niños quedaban huérfanos debido a la muerte temprana de sus padres y muchos tenían que ir a convivir a casa de parientes y amigos de la familia.

Otro cambio de importancia ha sido la reducción en los hogares de familias mientras el número de hogares constituidos por personas entre las que no había relación de parentesco alguna y de los hogares donde residía una sola persona han aumentado considerablemente. De acuerdo al censo de 1980, había 114,000 hogares no constituidos por familias en contraste con 38,000 en 1960.

Los hogares donde vive una persona sola son típicos de la población de edad avanzada. En 1980, el 17 por ciento de las personas de 65 años o más vivía completamente solo. En cambio aquellos hogares constituidos por dos o más personas entre las que no existía parentesco alguno, eran mucho más frecuentes entre jóvenes solteros. Los hogares no constituidos por familias abundan más en la zona urbana y alcanzan su nivel más elevado en el municipio de San Juan, con un 20 por ciento.

Otro cambio notable en el hogar puertorriqueño ha sido el ascenso en importancia de la mujer como jefe. Para 1980, uno de cada cuatro hogares era capitaneado por una mujer pero en el municipio de San Juan esta cifra alcanzó el 30 por ciento. En el 90 por ciento de estos casos no había un esposo presente pero en el resto la mujer era reconocida como el jefe aún cuando el marido convivía en el hogar. El aumento en el divorcio, que ha situado a Puerto Rico en el más alto nivel del mundo, la separación, especialmente en el caso de las uniones consensuales y la viudez, son indudablemente los factores responsables de este cambio estructural en el hogar puertorriqueño. Para 1980, en el 83 por ciento de estos hogares la mujer jefe pertenecía a una de estas tres categorías.

El efecto de las disoluciones matrimoniales sobre la estructura del hogar se evidencia fácilmente con los datos sobre este fenómeno. Para el 1940, se decretaban 13 divorcios por cada 100 matrimonios celebrados. Esta relación aumentó progresivamente con el tiempo y en 1985 por cada 100 matrimonios ocurrieron 48 divorcios. Sobre la separación, en el caso de las uniones consensuales, no existe información sobre sus tendencias. Sólo se sabe, de acuerdo con una encuesta de 1982, que éstas son mucho más inestables que el matrimonio legal. En cuanto al divorcio, los datos de la encuesta de 1982 demuestran que el divorcio ocurre con mucha mayor frecuencia durante los primeros cinco años de la unión, entre matrimonios de adolescentes, entre

las parejas que habían tenido pocos hijos, así como entre los grupos de niveles socioeconómicos más bajos. Sin embargo, es mucho más elevada entre mujeres que participan en la fuerza obrera. Es probable que la participación de la mujer en la fuerza trabajadora sea en unos casos, una de las causas del divorcio y otros casos, el efecto. O sea, que en algunos casos el trabajo de la mujer fuera del hogar puede producir conflictos de roles en el hogar conduciendo a la pareja al divorcio y, en otros casos, la situación económica precaria que en muchas ocasiones produce el divorcio para la mujer que usualmente retiene los hijos, así como su liberación de las ataduras machistas que predominan en muchos hogares, las lleva a incorporarse al mercado del trabajo una vez se divorcian.

El divorcio no puede seguir siendo considerado como uno de los grandes males de nuestro tiempo. El divorcio es, en muchos casos, la única solución del grave problema de una familia en crisis. Es en estos casos, el menor de dos males. Tampoco se puede soslayar, como pretenden hacer otros, el hecho de que el divorcio representa una situación indeseable y problemática, especialmente para los hijos que se hayan procreado.

Tal vez como respuesta a la inestabilidad del matrimonio legal, a la crisis que conlleva un divorcio antes, durante y después de su decreto y a las largas batallas legales que en muchos casos se producen, la tasa de nupcialidad ha venido descendiendo desde mediados de la

década del setenta mientras las uniones consensuales han aumentado. De acuerdo con los datos del registro de nacimientos de Puerto Rico, la tasa de nacimientos ocurridos a madres en estas uniones alcanzó su nivel más bajo de este siglo durante los años de 1976 y 1977 (14 por ciento). Desde esos años el aumento ha sido constante y en 1987 la cifra fue de 25 por ciento. O sea, durante el año 1987 una cuarta parte de los nacimientos ocurrieron a madres en uniones consensuales. De igual forma, la proporción de nacimientos ocurridos a madres solteras aumentó en un 43 por ciento entre 1970 y 1987.

El matrimonio, vínculo que da origen a una familia, ha sufrido otros cambios de gran importancia en este siglo. A partir de 1940, la proporción de personas que contraen matrimonio por primera vez ha disminuido considerablemente. Para ese año el 89 por ciento de los novios y el 94 por ciento de las novias eran solteros. Para 1986 las cifras fueron 78 por ciento para los varones y 73 por ciento para las mujeres. De otra parte, la proporción de divorciados que contraen matrimonio por segunda o más veces ha aumentado considerablemente. Para 1970, en el 22 por ciento de todos los matrimonios por lo menos uno de los cónyuges era divorciado; en 1986 esta cifra había aumentado a 34 por ciento.

En cuanto a la edad al casarse por primera vez, ésta no parece haber cambiado entre las mujeres desde los comienzos del siglo, fluctuando entre 20 y 21 años. Sin embargo,

entre los varones ha habido una reducción de alrededor de 3 años, bajando de 26 a 23 años durante el transcurso del siglo. Por tal razón, la diferencia en edad entre los novios, que era de casi cinco años a favor de los hombres para 1900, se ha reducido a menos de dos años en la actualidad.

Todos los cambios ocurridos en los patrones de nupcialidad, en la mortalidad, en la natalidad y en el ámbito económico y social, han producido profundos cambios en el tamaño y la estructura de la familia, han resultado en una mayor diversidad de tipos de familias y han alterado sus roles en la sociedad.

La familia ha perdido el férreo control que tenía sobre sus miembros en el pasado y ha perdido gran parte de los roles que otrora tenía; los que han sido absorbidos por otras entidades de nuestra sociedad. La familia, por ser un subsistema de la sociedad, tiene que adaptarse a los cambios que ocurren en ésta. Constituye una aberración científica el tratar de atribuirle a la llamada "crisis de la familia" todos los males de nuestra sociedad. Eso es como culpar a la víctima. Si hay crisis en la familia, es porque hay crisis en la sociedad. La familia, como otros subsistemas de nuestra sociedad, está sujeta a las enormes presiones de los dos sistemas dominantes; el sistema político y el sistema económico, que con sus tentáculos entrelazados controlan todas las instituciones en nuestro mundo contemporáneo. Es un absurdo hablar del necesario

fortalecimiento de la familia como si se pudiera extraer a la familia de su entorno social para darle un tratamiento especial mientras la sociedad continúa en crisis.

No hay duda de que los cambios en el ritmo de crecimiento y en la estructura de la población, así como los ocurridos en la natalidad, la mortalidad y la emigración han tenido un impacto notable en todos los aspectos de la sociedad puertorriqueña. Es muy difícil visualizar cuál sería la situación socioeconómica de la Isla en la actualidad de no haber sido por la emigración masiva que ha contribuido a disminuir en más de dos millones la población de la Isla, es decir, cuando dos quintas partes de la población de ascendencia puertorriqueña reside en los Estados Unidos. Aún con todo y esto, el desempleo continúa siendo uno de los problemas más críticos de la Isla a pesar de que para aliviarlo se ha creado una gigantesca e inoperante burocracia de la cual depende casi una tercera parte del grupo total de personas empleadas. La ociosidad es uno de los más grandes males de nuestro pueblo. Entre los varones, Puerto Rico parece tener el más alto nivel del mundo. Este es sin duda, uno de los factores que ha empujado a un gran número de personas a vivir casi exclusivamente de los subsidios del gobierno y a producir la gran crisis que vive hoy día Puerto Rico.

¿Y cuál sería el nivel de pobreza si con un crecimiento poblacional grandemente amortiguado por la emigración y por la esterilización femenina aún más del sesenta por ciento de

nuestra población fue clasificada por el Negociado del Censo de los Estados Unidos como bajo el umbral de la pobreza a base de sus ingresos provenientes del trabajo? Puerto Rico no es un país pobre, de eso no hay duda. Pero no es porque la subsistencia de una gran proporción de su población provenga del trabajo. Esa pobreza se ha mitigado con jugosos subsidios gubernamentales y como consecuencia hemos convertido al pueblo puertorriqueño en un pueblo dependiente de dádivas las que reclama vigorosamente recurriendo en muchas ocasiones al engaño y al fraude.

Es lamentable que la cuestión demográfica, la razón de ser de toda la gestión gubernamental, haya ido perdiendo importancia en la planificación social y económica a partir de la década del sesenta. Hoy no se sabe para quién se planifica, o si realmente se planifica. Basta con señalar que en la última convención de la Asociación de Economistas de Puerto Rico se informó que cada agencia del gobierno, incluyendo las corporaciones públicas, utilizan sus propias proyecciones de población basadas, en algunos casos, en unas acrobacias aritméticas indescifrables. Y en una de esas agencias no se pudo saber sobre qué bases se planificaba.

Todo parece indicar que hemos perdido la brújula, que navegamos al garete en un momento de gran trascendencia histórica. Para salir de toda esta crisis social, política y económica, se necesitan ideas. Porque nuestra mayor crisis es la crisis de ideas. A falta de ellas hemos optado por crear una economía basada en la dependencia cultivando

entre nuestra gente la virtud de la beneficencia y el menosprecio de dos de los máspreciados valores humanos: el trabajo y la autosuficiencia.

4 de diciembre de 1989 /ar